

Romanyà de la Selva (1972-1983)

Un regreso progresivo a partir de los setenta: Romanyà de la Selva

«El pueblo es sensacional. Las casas están bastante separadas unas de otras, situadas en la cima de una montaña ligera desde donde se puede ver, al volver los ojos, el mar y la cresta blanca de los Pirineos».

Mercè Rodoreda «Viaje al pueblo del miedo» de la colección Viajes y flores.

De hecho, no regresó a Barcelona, una ciudad bilingüe y ruidosa que ya no le gustaba, sin vegetación y sin jardines, sobre todo, sino a este tranquilo pueblo de las Gavarres, que se encuentra en la cima de una colina siempre verde, donde al final de los setenta se construyó una casa con jardín, en plena naturaleza. En Espejo roto, Rodoreda ya creó un mito, el de "su" Barcelona –o Cataluña–, la que va temporalmente desde el cambio de siglo hasta la Guerra Civil que la destruye, que la arrasa. Se trata de una bella imagen, porque se centra en una familia de la alta burguesía que vive en una torre espléndida en el barrio de Sant Gervasi, con un jardín fastuoso, pero también rodeada de misterio y muerte, en cuyo centro destaca un majestuoso laurel; y de nuevo aparece un árbol cargado, en este caso, de connotaciones clásicas. Símbolo de inmortalidad. Fue la paz de Romanyà, un lugar solitario, con casas diseminadas por la montaña, con encinas y un dolmen, la que propició que pudiera poner punto final a esta compleja novela y, asimismo, a la escritura de dos obras más, las últimas que creó, una recopilación de difícil clasificación que había iniciado en los años sesenta y una novela singular, ambas publicadas en 1980: Viajes y Flores y Cuanta, cuanta guerra... Situadas en una línea más críptica, más imaginativa, son obras de una rara calidad que dan categoría a una gran literatura y manifiestan la profunda originalidad de su creadora. En la recopilación, de hecho, Rodoreda crea una flora fantástica –en el apartado «Flores de verdad» cuyo título ya es bastante significativo–, o bien pueblos imaginarios por donde transita su narrador, aquí sin rostro y sin nombre únicamente una guía para el lector, en «Viaje a unos cuantos pueblos». Unos pueblos y unas flores que son metáforas del hombre –de sus sentimientos sobre todo– pero también de la sociedad difícil, opresora y gregaria en la que tiene que vivir encarcelado. Y resulta evidente el paralelismo de esta recopilación con la última novela, Cuanta, Cuanta guerra... cuyo hilo conductor es también el viaje de su protagonista, un joven inocente, por unos parajes que asola la guerra, unos parajes que nos pueden recordar Romanyà de la Selva, con masías, vegetación y el mar al lado. Claramente muy lejos de la ciudad y de la realidad, de la cotidianeidad, también, que caracteriza las primeras obras de Rodoreda. Sin duda, el árbol se convierte en un arquetipo que señala el vínculo del hombre con el mundo, una especie de beneficiosa y positiva metamorfosis, de clara permanencia; el libro termina significativamente con el retorno de su protagonista a la casita con jardín y flores que abandonó al principio de la obra para correr el mundo y vivir experiencias:

«Volvería a casa a trabajar el campo de claveles con el agua que se deslizaba por los regueros con el ruido de los trenes por la noche, con el rosal de rosas amarillas que se emparraba hasta el terrado». El viaje también es imaginativo al transcurrir a lo largo de una única noche –un momento privilegiado en la producción de Rodoreda– y este itinerario refleja una visión trágica del mundo y de la vida, sin el humor y la ironía de la recopilación. Novela iniciática y escrita en primera persona, lo que el protagonista alcanza también es, no obstante, el conocimiento. La obra, de hecho, demuestra que los intereses de Mercè Rodoreda se encuentran estrechamente relacionados con su propia vida y, para confirmarlo, en la presente obra reflexiona sobre la trascendencia del ser humano, sobre la muerte, ya próxima. Y la muerte sorprendió a Mercè Rodoreda en plena creatividad y en ese escenario que tan especialmente le gustaba, en Romanyà de la Selva, rodeada de bosques siempre frondosos, donde se encuentra el pequeño cementerio que la acogió, en abril de 1983. Un escenario sobre el que escribió, insistiendo en la importancia que tienen los árboles en su vida y su obra.

«Admiro la majestad del ciprés, la hoja tan bien dibujada del roble, la ternura de los chopos y el enmarañamiento de los sauces llorones, pero mi árbol, por discreto, por su hoja perenne, su cepa rugosa de corcho, es la encina sagrada. Las Gavarras, todas un encinar, cuando se pone el sol, cuando el sol las besa al bies, parecen de terciopelo».

Como un círculo, como una perfecta redonda, símbolo recurrente de su obra para reflejar la perfección, su vida parte de un jardín barcelonés lleno de flores y se cierra en una vegetación, cargada de categoría, la de las Gavarras. De la realidad al mito, vida y obra avanzan siguiendo un mismo itinerario, una misma evolución, y siempre «vinculada a las flores. A la vegetación».